

la sombra del dolor, y mi aliento y el sudor que baña mi frente, son frios como el del moribundo! ¡En vano, pues, trata vd., madre mia, de prolongar mi vida con sus tiernas y consoladoras palabras! ¡Es imposible alargar por mucho tiempo mi existencia! ¡Ah, madre mia, madre mia!

Y Clotilde se inclinó, llorando, sobre el amoroso pecho de la hermosa Inés, que la inundó de besos y de caricias.

—Apóyate, hija mia, apóyate sobre el amante seno de tu tierna amiga. Deposita en mí tus lágrimas y tus suspiros.... en mí que comprendo tu dolor; porque es el mismo que padecí en tu edad.... que padecí después.... que padezco ahora....!

—Sí, es cierto. Vd. ama como yo, y sabe, por lo mismo, valorizar mis penas y compadecerlas. Vd. lamenta, como yo, la contraria suerte que se ha interpuesto entre vd. y el hombre que fuera el bello ideal de su existencia, y cuya larga separación martiriza su sensible alma.... Vd. conoce, como nadie, que el sentimiento de esta pasión, de

que soy víctima, se sobrepone á todos los demas que puedan interesarnos, y por lo mismo no me acusará de ingrata, si no le sé hablar en estos supremos instantes mas que de Leopoldo, del sér á quien juré no olvidar mientras viviese.

—¡Acusarte de ingrata cuando conozco tu noble corazón.... los hidalgos sentimientos que embellecen tu alma! No, hija mia: nunca cometeré tal injusticia.... Sé que me amas; sé que darías tu vida por la mia; te he visto dispuesta á unirme al hombre que detestas y á renunciar al que idolatras por salvar mi honra.... ¿qué mas pruebas pudiera exigir de gratitud? Pero hay una pasión que, como tú has dicho, se sobrepone á todas, porque forma ya una parte integrante de nuestra vida, como que es la sávia que la fecundiza y la alienta.

—¡Cuán buena es vd., madre mia, y cuán criminal sería yo si no correspondiese al acendrado cariño que desde mis primeros años me ha consagrado! ¡Ah! si siento perder el mundo, es solo porque dejo en él tres personas de quienes no quisiera sepa

rarme jamás! ¡tres personas que me llorarán sin duda, y cuyas lágrimas irán á comoverme hasta el retiro de mi tumba! y esas tres personas que amo, que me hacen temer la muerte, que viven constantemente en mi memoria, son.... vd., madre mia, mi inolvidable Leopoldo, y la infeliz Elisa.... esa pobre y hermosa mujer tan virtuosa como desgraciada, cuya suerte y la de sus tiernas criaturas, me interesó desde el instante que tuve la dicha de conocerlas.

—Sí, esa desgraciada esposa es digna del aprecio y de la compasion de todas aquellas personas que no han renegado de los nobles sentimientos de humanidad.

—¡Pobre Elisal! ¡Ah! si como presiento, la muerte me arrancase muy pronto de este mundo, yo le ruego á vd. que vaya á verla.... que la consuele.... que la diga de mi parte que la he amado con toda la sinceridad de una verdadera amiga.... que el deseo de su felicidad y de los dos bellos ángeles que le rodean, ha ocupado siempre mi pensamiento y lo ocupará aun en la otra vida.... que vd. queda encargada de sumi-

nistrarle cuanto necesario sea para su sustento y la esmerada educacion de sus lindas criaturas.... que siento sobremanera la resistencia que siempre ha hecho para visitarme, á pesar de mis súplicas; pero que le perdono y respeto los motivos que haya tenido para no hacerlo....

—La miseria, hija mia, vuelve tímidas y vergonzosas á las gentes de fina educacion. Elisa carece de trages correspondientes á su nacimiento, y acaso sea esta la causa de que rara vez se ausente de su casa. Pero no porque se escuse de visitarte te deja de amar entrañablemente: desde que ha sabido que estás mala, no se ha pasado un solo dia sin que haya enviado por mañana y tarde á preguntar por el estado de tu salud.

—¡Cuánto se lo agradezco! ¡La quiero tanto, y es tan desgraciada con su esposo!

—Por fortuna ha recobrado el infeliz su juicio, y algo ha descansado ella con este acontecimiento.

—¡Dios ha escuchado mis ruegos! Pero si su alivio solo fuese instantáneo y aparente....

—No; para evitar una fatal recaída, un antiguo amigo que vive en uno de los pueblos cercanos á la capital, le ha llevado á su casa, con objeto de procurarle alguna ocupacion que le entretenga, y separarle del vicio detestable al juego.

—¡Quiera Dios que consiga el noble fin que se ha propuesto, porque entonces aun podria ser útil á su amante esposa y á sus inocentes criaturas! ¡Ah! ¡si la viese feliz, moriria yo mas contenta y consolada!

—Le verás, hija mia, como yo espero verte recobrar tu salud y tu tranquilidad.

—¡Mi salud! Para recobrarla seria preciso que empezasen por devolverme el tesoro que me han robado... esos dulces cuadros que me hablaban á todas horas del objeto amado.... esas expresivas pinturas que eran el bálsamo de mi corazon y el consuelo de las amorosas heridas del alma!

—Bien; yo haré que te las vuelvan, hija mia: yo le pediré, de rodillas, si es preciso, mi hermano, ese ligero bien que codicias, y estoy segura de que no me negará esta gracia, cuando de ella depende tu tranqui-

lidad... El siente hoy haberte hecho padecer y llorar; teme tu muerte, como teme un buen padre la muerte de su hija, y te concederá todo lo que pueda servirte de alivio y de consuelo.

—¡Lo cree vd. así, madre mia?

—Sí; lo creo, Clotilde; lo creo.

—¡Ah! ¡esa seria una felicidad que no me hubiera atrevido á imaginar siquiera!

En aquel instante y al terminar las últimas palabras, se abrió la puerta de la alcoba, dando entrada á D. Emilio que iba acompañado de Duval y de Willey.

Clotilde se puso pálida y cadavérica.

Landeta corrió cariñoso á sentarse á su lado; le tomó una mano, que acarició entre las suyas, y mirándola con dulce compasion, le preguntó con acento tierno y paternal:

—¡Qué es lo que dices que te haria feliz, hija mia? Habla, habla; si depende de mí, si está en mi mano, tenlo por conseguido.

Clotilde inclinó agradecida su ebúrnea frente sobre la mano de D. Emilio que es-

trechaba la suya, y dejó rodar sobre su dorso dos lágrimas de profundo reconocimiento.

Don Emilio se conmovió al sentirse bañado con el llanto de la hermosa. Era un hombre de un corazón sensible, generoso y puro: amaba á Clotilde con cariño paternal; y si cierto es que se había opuesto á sus amores con Leopoldo, no era porque tratase de contrariarla en su pasión, sino por la mancha que creía empañaba el apellido de aquel jóven, que él era el primero en compadecer y en confesar su mérito y sus relevantes prendas.

—Desahoga en llanto la pena de tu corazón, hija mía;—la dijo con acento blando y tierno:—llora, sí, llora en los brazos de tu amoroso padre, puesto que las lágrimas dulcifican las penas del alma. Pero dime, por piedad, lo que cuando yo entraba asegurabas á mi querida hermana que podría labrar tu felicidad.... ¿No tienes confianza en mí? ¿no sabes que no aspiro en la tierra á otra cosa que á tu dicha y tu ventura? ¿ó habré tenido la desgracia de enagenarme

tu cariño.... de inspirarte miedo y terror con mi pasada severidad?

—¡No, padre mio! ¡Mi corazón no abriga hácia vd. sino gratitud y amor!

—¡Gracias, Clotilde, gracias!—exclamó D. Emilio revelando en su rostro la satisfacción que le causaban aquellas palabras.—Pero dime, dime, hija querida, lo que juzgabas que podría volverte la salud y la tranquilidad.

—¿Lo desea vd. así, padre mio?

—Sí, Clotilde; lo deseo para concedértelo en el instante.

La jóven le envió una mirada dulce y suplicatoria, iba á hablar, tiñó sus mejillas un ligero carmin, se cubrieron de lágrimas sus ojos, y la palabra espiró en sus labios.

—Nada temas, hija mía:—dijo D. Emilio tratando de alentarla:—confíame tu deseo; quiero oírlo de tu misma boca para persuadirme de tu confianza y tu amor: habla, pues, Clotilde; dime por mi vida lo que anhelas.

—¡Mis cuadros, padre mio! ¡los cuadros

que tenía placer en contemplar, y que me han arrebatado con inhumana crueldad!

Duval y el doctor Willey se dirijieron una mirada de inteligencia.

—Usted sabe, padre mio—continuó la hermosa, animada por el sentimiento del amor—el aprecio que yo hacia de esas bellas flores, debidas al diestro pincel del hombre mas respetuoso de la tierra.... vd. ha visto que ese hombre, fiel á la promesa que hizo á vd., no ha vuelto á verme desde el instante en que vd. exigió de él ese duro sacrificio.... ¿por qué, pues, privarme de los objetos inocentes que me acompañaban en mi soledad y dulcificaban mi pena? ¡Ellos eran mi consuelo y mi ventura.... sin ellos todo es tristeza y llanto para mí!

—¡Llanto.... penas!—exclamó D. Emilio profundamente conmovido.—No, hija mia... desde hoy quiero ahorrarte todo motivo de dolor.... Sí; mi deber y mi anhelo es consolarte, volverte esa salud que me interesa mas que mi vida.... Yo te entregaré esos cuadros que reclamas, ya que en ellos encuentras la dulce medicina á tus sufrimien-

tos. ¿Qué te puedo yo negar que esté á mi alcance concedértelo? ¡Ah! ¡lo que anhelo es borrar con mi amor, mi condescendencia y mi cariño, la excesiva severidad con que te he tratado algunas veces! ¡Te he hecho padecer tanto! Te quité esos cuadros que adornaban tu estancia, porque el doctor creyó conveniente apartar de tu vista objetos que pudieran afectar tu corazón; pero yo espero que hoy juzgará tal vez prudente presentártelos para calmar tu pena. ¿No es verdad, señor doctor?

Willey miró disimuladamente á Duval, que le hizo una seña significativa.

—Si se consultase con mis sentimientos de compasion únicamente, desde luego accederia á los deseos de vd.; pero como antes que la voluntad está el deber, y éste me prescribe acatar los consejos de la conciencia, me veo en la dura, pero imprescindible necesidad, de no acceder á esa súplica.

Clotilde se estremeció y envió á D. Emilio una mirada dulcísima en que le demandaba piedad y compasion.

—La facultad médica—continuó el doc-

tor—es un sacerdocio, solo inferior al que ejercen los ministros del altar; porque solo el alivio del alma y su salvacion, es superior á la curacion de los males físicos. Nadie mas interesado en el bien de sus semejantes que el digno ministro del Señor, y sin embargo, coarta nuestras inclinaciones, y lejos de acceder á ellas, nos impone, cuando las juzga perjudiciales á la salud eterna, severas penas para corregirlas. Así, pues, el médico se vé en la sagrada necesidad de contrariar la voluntad de sus enfermos, cuando está persuadido de que condescender á ella equivaldria á firmar su sentencia de muerte.

—¡Ah! ¿será posible que no pueda satisfacer el deseo de mi pobre Clotilde?—Dijo D. Emilio con el acento del mas profundo pesar.—Discurrid, querido Willey, medita, buscad un medio de salvar á mi adorada hija, sin privarle de los sencillos objetos que forman su delicia!

—Esa delicia es un dulce veneno que mata halagando, y yo no puedo autorizar un asesinato, por mas deslumbrantes que sean

los agentes que se empleen para consumarlo.

—Sin embargo—exclamó Duval con aire y acento hipócritas, manifestando interesarse en satisfacer el deseo de su víctima;—meditando con calma, tal vez halle vd., querido doctor, una medicina eficaz que, neutralizando el mal que pueda causar á la enferma la vista de esos cuadros que afectan su sistema nervioso, le proporcione algun ligero alivio. ¡Ah! crea vd. que si hallase vd. un remedio que conciliase su deseo con su salud, me tendria por el mas feliz de los hombres. ¡Su vida, su felicidad es lo que mi alma anhela antes que mi dicha!

Don Emilio, engañado con aquella aparente demostracion de noble desinterés, le envió una mirada de gratitud.

Inés, que estaba persuadida del dañado corazon de aquel hombre, dejó asomar á sus lábios un gesto de disgusto.

La infeliz Clotilde, convencida desde las primeras palabras de Willey, de la ineficacia de sus ruegos, permanecia abatida y triste, con la cabeza inclinada sobre el pe-

cho, y dejando abandonada una de sus manos en las de D. Emilio.

—Bien, amigo mio—dijo éste dirijiéndose á Duval—esos hidalgos sentimientos le honran á vd. sobremanera, y yo le doy á vd. por ellos las gracias, por mí y en nombre de mi hija.

—No hago mas que cumplir con lo que me dicta en este instante mi alma.

—¿Qué dice vd., señor Willey?

—Que es imposible por ahora condescender con los deseos de vdes.:—contestó el doctor despues de un instante de fingida meditacion:—Esos objetos se le podrán volver mas tarde, esto es, cuando su naturaleza haya adquirido mas vigor; pero para eso, es preciso que primero se ponga en planta lo que ya he ordenado otras veces; cambio de temperatura; dejar esta ciudad, donde no se respiran los aires sanos que la enferma necesita en este momento; aspirar la atmósfera medicinal de Texcoco y sus alrededores; distraerse con las brillantes y pintorescas vistas del Molino de Flores, recorrer á caballo algunas de las feraces ha-

ciendas que se levantan á orillas de la tranquila poblacion, y cuando la respiracion esté mas libre, haya desaparecido la opresion del pecho, y el espíritu se encuentre mas tranquilo, podrá volver á la capital, entregarse á sus favoritas distracciones y recobrar los cuadros que en tanta estima tiene.

—Ya lo ves, hija mia;—dijo D. Emilio con el mayor interes:—todos están dispuestos á complacerte: solo se te pide unos dias de espera, unos dias de paseo, de distraccion en el campo para devolverte lo que tanto anhelas. Tu salud, tu vida lo exigen así. ¡Ah! yo te ruego que acates la voluntad del facultativo; sí, yo te lo suplico, yo te lo pido: ¿estás dispuesta á obsequiarme?

—Accedo por tranquilizar á vd., padre mio; no porque crea que influya en mi salud el cambio de temperatura. Disponga vd., pues, el viaje cuando guste; pero prométame vd. que el sacrificio que hago saliendo de la capital, lo veré premiado con la devolución de mis inestimables cuadros.

Te lo prometo, hija mia. Para que el viaje, aunque de pocas horas, te sea mas

grato y provechoso, lo haremos en uno de los botes que cruzan la pintoresca laguna.

—Como vd. guste, padre mio.—Dijo con la santa resignacion de los mártires la desdichada jóven.

El doctor y Duval se cambiaron una mirada de triunfo y de satisfaccion.

—¡Gracias, Clotilde, gracias!—exclamó D. Emilio henchido de gozo por la condescendencia de la hermosa: —voy en este mismo instante á dar los pasos necesarios para disponerlo todo, y dentro de tres dias nos embarcaremos para Texcoco.

Diciendo esto se levantó de la silla que ocupaba, acercó á sus lábios la mano de la jóven, se despidió afectuosamente de Inés, y salió como habia entrado, acompañado de Willey y de Duval.

Inés y Clotilde, al verse solas, se dirigieron una mirada de tristeza y de compasion; quisieron hablar, y no hallando palabras para expresar su pena, se arrojaron á la vez una en los brazos de la otra, y quedaron abrazadas, exhalando dolorosos suspiros.

CAPITULO XVI.

Dos génios del mal.

—¡Ha estado vd. hoy, señor Duval, en casa de Landeta?

—Sí, doctor; y para mañana está dispuesto el viaje de Clotilde á Texcoco.

—Al fin hemos logrado lo que tanto deseábamos: alejarla un poco de ese maldecido Nuñez, que no cesa de agitar el asunto del manuscrito.

—Manuscrito que, una vez allí, nos será fácil hacer que desaparezca, pues sabe vd. que Landeta no es ni de los mas cuidadosos ni de los menos desconfiados.

—Eso queda á cargo de vd., que disfruta de toda su confianza, y que permanecerá en